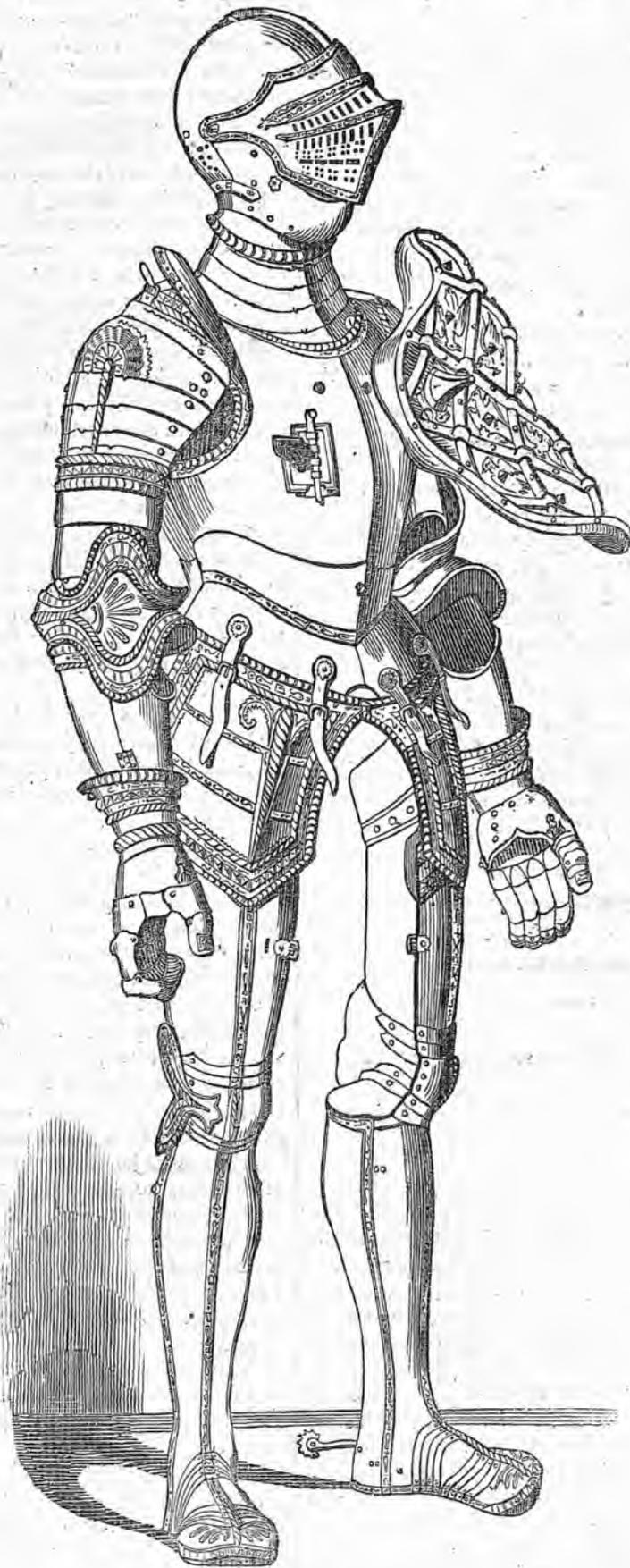


ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



LA ARMADURA DE D. JUAN DE AUSTRIA.

LA ARMADURA DE D. JUAN DE AUSTRIA.



ENTRE los diferentes museos que cuenta la capital de nuestra España, merece un lugar notable, y acaso el mas distinguido, la ARMERIA REAL, cuyo recinto encierra los recuerdos de nuestros mas esclarecidos héroes, y de nuestras mas gloriosas victorias. El detenernos á referir en un solo artículo las infinitas preciosidades contenidas en aquel tesoro, muda historia de nuestros mas felices siglos, seria sobre molesto para los lectores del Semanario, imposible de ejecutar á no privarlos de ver trasladados á sus columnas los dibujos de los mas principales objetos.

Reservándonos hablar en adelante con mas detencion de tan interesante establecimiento, nos limitaremos hoy á dar una breve explicacion de la armadura de D. Juan de Austria, cuyo dibujo vá por cabeza de este artículo.

Tres armaduras de entre las que existen en la armería se señalan como pertenecientes al hijo natural de Carlos V; pero esta se afirma que fue la que llevó puesta en la gloriosa jornada de Lepanto, si bien no ha faltado quien lo ponga en duda, porque el broquel que se observa sobre el brazo izquierdo, está afianzado á la correa con objeto sin duda de dejar el brazo libre para manejar la brida. Esta armadura, aun cuando carece de aquella multitud de adornos con que solian engalanar las suyas los grandes de aquella época, es sin embargo elegante y bastante bella, y tiene la ventaja de ser completa. El broquel es de una figura irregular; está dividido en cuarteles, en cada uno de los cuales se vé un águila; cuya circunstancia añadida al grandor de la armadura, prueba haber pertenecido al héroe de Lepanto, que en la estatura no se asemejó á su padre, pues Carlos V fue pequeño, y aquel tuvo una talla bastante elevada.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

(Conclusion. Véase el número anterior).



Por estas tinieblas, consuelos y sequedades va disponiendo Dios á las almas para unir las consigo en perfecta union; pues así como el fuego material para unir y convertir en sí á un madero principia por secarlo estrayéndole la humedad y haciéndole llorar el agua que envueltiene; luego lo va poniendo negro y oscuro y secándole poco á poco le va comunicando luz, estrayéndole todos los accidentes oscuros que tiene contrarios al fuego, y finalmente comenzándole á inflamar llega á trasformarle en sí y á ponerle tan luminoso como el mismo fuego, no quedando al madero ninguna accion ni pasion propia suya, salvo la cantidad y gravedad menos sutil que la del fuego, teniendo en sí todas las propiedades y acciones luminosas porque está seco, caliente y esclarecido; así el fuego del amor divino seca primeramente al alma de sus propias imperfecciones, y reduciéndola á triste oscuridad la va comunicando claridad y luz. Mas este

amor y fuego celestial de tal manera seca el espíritu y le enciende los afectos para satisfacer su sed, que da mil vueltas en sí y desea de mil modos y maneras á Dios. Por eso es necesario que se sienta libre de este cruel desasosiego, pasando por otra noche oscura que quita con trabajo y desfallecimiento las dulzuras espirituales aquellos arrobamientos y trasposos que acaecen cuando las comunicaciones no se dirigen íntimamente al espíritu; aquellos ángeles y resplandores y luces extraordinarias que se aparecen á la imaginación; aquellos olores suavísimos que no se sabe de donde proceden, y aquellos dulces sabores y maneras de gozo y suavidades, á veces tales que parece que todas las médulas y huesos gozan y florecen y se bañan en ellos; porque todas estas cosas por gratas que aparezcan tienen visos de esteriorres y corporales, y no provienen de la divinidad que se comunica al espíritu, y porque el alma se ensobberbece con ellos creyendo que es algo, siendo esta la causa porque los espíritus malignos ponen en los sentidos estos objetos mostrando á la vista figuras celestiales y resplandores hermosísimos, y palabras á los oídos harto disimuladas, y fragancias muy suaves al olfato, y dulzuras á la boca, y en el tacto deleites, para que engolosinados por allí se dejen arrastrar á mil imperfecciones. Y finalmente persuade á las almas virtuosas á no esperar estos divinos favores, pues si bien en la ley antigua los comunicaba la divinidad á los profetas y pontífices, era porque no estaba bien arraigada la fé, mas ya no son necesarios despues que nos dió su divino hijo la ley evangélica sellada con su sangre, ese manantial de raptos y revelaciones, ese libro precioso que admiran todos los seres, cualquiera que sea la forma que hayan dado al sentimiento religioso en su alma, las vicisitudes del corazon y del espíritu.

Mas cuando despues de haber pasado el alma por las noches del sentido y del espíritu, ya descargándole de las humanas imperfecciones, ya enriqueciéndole con la paz y celestiales dones que le comunica su estado de pureza, é imprimiendo en él las ansias de volar á la mansion celeste de la vida; cuando entonces experimente el alma agitada de tan inmensas ideas, no aquellos deseos y aquel amor abrasador que todo lo consume y reduce á pavesas, no aquella indistinguible llama que corre por las entrañas y las perturba y las enciende, afecto dominador que quita la vista de los ojos, roba el juicio y desquicia la razon, y que vibrando con violencia las cuerdas mas sensibles del corazon le conduele y estremece, sino aquel amor puro y sosegado que coge las rosas y arranca las espinas, que paladea los amorosos gustos y sazona los deleites; cuando el alma sienta aquellos pacíficos afectos imposibles de explicar, aquellas dulcísimas efusiones que se exalan á los pies de los altares, con el humo de las lámparas piadosas, con el suave aroma de los incensarios, con las confusas y vagas exalaciones de los suspiros, con las lágrimas que vierten los arrasados ojos; cuando las hieran aquellas impresiones que conmueven todas las fibras mas generosas de nuestro pecho, que agolpan á un solo punto todas las dulces y piadosas emociones que han conmovido nuestra alma en las diversas épocas de nuestra vida, toda la dulzura de las plegarias que se han exalado de nuestro corazon y de nuestros labios desde los puros dias de nuestra infancia, entonces el alma ha llegado á recoger los óptimos frutos que produce la union con la divinidad.

Y entonces, al sentir el alma este mar de luz, este desalambromiento de la inteligencia, este enternecimiento del corazon que se revela en los ojos bañados en lágrimas, en el pecho palpitante, en la faz luminosa, con la gracia divina absorba enagenada de placer prorrumpe en la llama de amor viva, en aquellos suspiros tiernos y delicados que nos describe Platon en sus sueños.

¡O llama de amor viva!
Que tiernamente hieres!
De mi alma en el mas profundo centro!
Pues ya no eres esquivia,
Acaba ya si quieres,
Rompe la telá de este dulce encuentro.

¡O cauterio suave!
¡O regalada llaga!
¡O mano blanda, ó toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte, en vida la has trocado.

¡O lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba oscuro y ciego,
Con extraños primoros
Calor y luz dan junto á su querido!

¡Cuán manso y sosegado
Recuerdas en mi seno
Donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

Mas luego que se templá este estado elevado del alma, se complace en recordar la historia de sus pasadas tribulaciones, y al considerar que se halla asida á un cuerpo deleznable, y en un mundo sembrado de precipicios, no queriendo separarse ni un solo momento de su divino esposo, le llama tímida y anhelante para que la conduzca de la mano, para que la conforte con la llama de su divino amor y la eleve á las Empíreas salas; y esclama con toda aquella pureza y sensibilidad de los inocentes amantes Cidli y Semida, en la Mesíada de Klopstock, con todo el fuego de la apasionada esposa de los cantares.

¡Adónde te escondiste
Amado, y me dejaste con gemido?
Como ciervo huíste
Habiéndome herido,
Salí tras tí clamando y eras ido.

Pastores los que fueredes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vieredes
Aquel que yo mas quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogere las flores,
Ni temere las fieras,
Y pasare los fuertes y fronteras.

¡O bosques y espesuras
Plantadas por la mano de mi amado!
O prado de verdura
De flores esmaltado
Decid, si por vosotros ha pasado.

Apaga mis enojos
Pues que ninguno basta á desacellos,
Y veante mis ojos

Pues eres lumbre de ellos
Y solo para tí quiero tenellos.

Descubré tu presencia
Y mate me tu vista y hermosura;
Mira que lá dolencia
De amor no bien se cura
Sino con la presencia y la figura.

¡O cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formaras de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!

En la interior bodega
De mi amado bebi, y cuando salia
Por toda aquella vega
Ya cosa no sabia,
Y el ganado perdi que antes traia.

Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó creencia muy sabrosa,
Y yo le di de hecho
A mi sin dejar cosa
Allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio,
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio
Que ya solo en amar es mi ejercicio.

Pues ya si en el egido
De hoy mas no fuere vista ni hallada
Direis que me he perdido,
Que andando enamorada
Me hice perdidiza y fui ganada.

De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas
Haremos las guirnaldas,
En tu amor florecidas
Y en un cabelló mio entretegidas.

No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mi hallaste,
Ya hien puedes mirarme
Despues que me miraste
Que gracia y hermosura en mi dejaste.

Detente cierzo muerto,
Ven austro que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto
Y corran tus olores
Y pacera el amado entre las flores.

O ninfas de Judea
En tanto que las flores y rosales
El ambar perfumea
Mora en los arrabales
Y no querais tocar nuestros umbrales.

.....
 Gocémonos amado,
 Y vamos á ver en tu hermosura
 Al monté ó al collado
 Do mana el agua pura
 Entremos mas adentro en la espesura.

Y luego á las subidas
 Cabernas de las piedras nos iremos
 Que estan bien escondidas,
 Y allí nos entraremos
 Y el mosto de granados quitaremos.

.....
 Y luego me darías

 El aspirar del aire,
 El canto de la dulce Filomena,
 El soto y su donaire,
 En la noche serena
 Con llama que consume y no da pena.

Que nadie lo miraba
 Aminadab tampoco parecia,
 Y el cerco sosegaba,
 Y la caballería
 A vista de las aguas descendia.

En esta delicadísima cancion todo es pasion, todo figuras y misterios, pues siendo imposible de declarar con palabras las emociones que hace sentir á las almas aquel amor tan inmenso que como se lee en el libro de la sabiduría, toca desde un fin á otro fin, recurre nuestro autor á figuras, imágenes y comparaciones estrañas que rebosan algo de lo que el pecho siente, y que si no se leen con la sencillez del espíritu de amor é inteligencia que ellas llevan, parecen mas bien dislates que dichos puestos en razon, según se ve en los divinos cantares de Salomon, y en otros libros donde no queriendo el Espíritu Santo dar á entender la abundancia de su sentido por términos vulgares y usados, habla misterios en estrañas figuras, y semejanzas imposibles de declarar por mas que los doctores se esfuerce en ello. Esta es la causa porque lejos de engolfarnos en la esplicacion de tantas imágenes como adornan en esta cancion, dejaremos estos amorosos afectos en toda la latitud de su sentido, para que cada cual les de por sí la mas pura y delicada interpretacion que su alma y su entendimiento les inspiren.

Pero concluyamos esta mal trazada esposicion dirigiendo una rápida ojeada á las demas obras de este afamado escritor. Sus cartas espirituales respiran aquella sencillez y dulzura evangélica que tambien sientan á los que se dedican á dirigir el interior de las almas, teniendo únicamente que lamentar que hayan visto la luz pública tan escaso número.

Acerca de sus composiciones poéticas si bien algunas se resienten de los conceptos equívocos, reduplicaciones y puerilidades propias de las poesías devotas de su siglo, la mayor parte nos ofrecen fluidez y naturalidad en su versificacion, haciendo brillar en ellas en toda su magestad y grandeza el sistema del cristianismo, cuando inflamado por el estro de los salmistas de Israel, nos presenta al pueblo hebreo lamentando á orillas del rio de Babilonia las tristes memorias de su desolada Sion; cuando en amantes suspiros prorrumpe en un estasis de alta contemplacion, y cuando en sencillas naturales estrofas nos revela los misterios de la divinidad humanada.

Acaso se advierte en sus obras un misticismo sobrado desleído, y austeridad y sequedad en algunos conceptos; acaso se le ve recaer con bastante frecuencia en triviales sutilezas teológicas y en una metafísica indefinible que abru-

ma la imaginacion del lector, cuyas facultades mentales no pueden soportar un grado de tension tan continuo y estramado; porque al espíritu no le es dado ocuparse mucho tiempo continuo de lo infinito, y necesita de alguna tregua y descanso para adquirir nuevas fuerzas de meditacion que sostenga el vuelo de una imaginacion atrevida y ardiente. Pero cualesquiera que puedan ser las imperfecciones y oscuridades que se notan en las obras de S. Juan de la Cruz, son tan leves comparadas con el raudal de gracias y resplandores con que en ella se bañan las almas, se hallan en cierto modo tan templadas con el admirable bálsamo de poesía que en cada capitulo derrama, y con los esfuerzos que redobla para poner en claro los misterios sublimes de que trata, que no desvirtuan ni oscurecen en lo mas mínimo sus maravillosos escritos, pudiéndose decir con la célebre escritora Stael al hablar de un poeta alemán, que cada vez que se leen sus obras se respira como un perfume del alma que hace sentir sumo atractivo para todas las cosas celestiales.

JOSÉ DE VICENTE Y CARABANTES.

COSTUMBRES PROVINCIALES.

LA BAJADA DEL ANGEL.



ICEN los sabios del día, que los antiguos como gente mas sencilla é idiota que nosotros, necesitaban que se les hablase á los ojos, ó por decirlo así, que se les sensibilizase lo que se les decia: de este modo aclaraban las palabras con la pintura, y á las veces era preciso aclarar la pintura con el escrito. Representaban, por ejemplo, un suceso por medio de un cuadro ó un relieve, y como el arte no estaba tan adelantado que indicase por medio de símbolos y atributos, y mucho menos por la expresion del semblante las propiedades ó los afectos que dominaban á los personajes representados, necesitaban poner al pie un rótulo ó bien un tarjeton en las manos, ó una cinta saliendo de la boca, que manifestaba por escrito sus cualidades ó las pasiones que los agitaban, y que el artista deseaba expresar.

De este deseo, pues, de hablar á la vista, y sensibilizar las cosas inateriales, provenian aquella multitud de objetos devotos que se veian en estos dias de Semana Santa, y que llenaban no solo las iglesias, sino tambien las calles y las casas. No bastaba predicar la pasion, era preciso que la viesen en procesiones, en monumentos, y hasta imitada al natural, como se hacia en algunos pueblos, especialmente en Alemania, y aun se refiere que en uno de ellos (creo que en Maguncia) un sugeto llamado el caballero Juan, la representó tan al vivo, que despues de llevar la cruz por todo el espacio marcado, y haber dado las tres caídas, estuvo colgado de ella por espacio de tres horas. Otros para sentir mas al vivo aquellos tormentos, y calcular con la propia esperiencia, se abrian las espaldas á bodocazos, se daban de bofetadas y aun se coronaban de espinas. Otras veces llamaban en su auxilio la mecánica y la escultura, verificando con estatuas el encuentro en la calle de la amar-

gura, la crucifixión, el descendimiento y la soledad de la Virgen, que besaba la corona y los clavos á impulsos de una cuerda que tiraban por detras, y que constituía el mecanismo de lo que llamaban la *Virgen viva*.

Nuestro siglo, que diz ser muy *positivo*, suele ridiculizar todas estas cosas, como antiguallas ridículas ó supercherías fanáticas. Pero á fe que ni aun por eso merece privilegio de invención, pues ya en su tiempo el P. Isla hizo el diente á muchas de ellas (en la 2.^a parte del Fr. Gerundio de Campa- zas), aunque con la diferencia que aquel lo hizo sobre cosas que merecian la pena, y en el dia se suele hacer *reformistí- camente*, es decir; bueno con malo. No es mi ánimo meterme ahora en la cuestion de si aquellas cosas serian al presente un anacronismo, ó si por el contrario estarían con arreglo al tiempo presente; pero no puedo menos de conocer y decir que si bien el que llevara

en el dia las azules

bragas del conde Peranzules,

(como aquel dijo) haría una cosa ridícula, no es menos ridículo querer que los antiguos tuviesen nuestras costum- bres é inclinaciones, pues si entonces se hubiera uno presentado con levita y con un escabillon en la punta de la barba, mereciera que le hubieran seguido los muchachos como á perro con maza.

En una palabra, ya que se las critique en el dia, no se haga lo mismo con los que las introdujeron, cuando pu- dieran ser oportunas. Pero el resultado es que muchas de aquellas costumbres y pias observancias han desaparecido y van desapareciendo sucesivamente. Con todo, aun quedan algunas para muestra y para consuelo de los aficiona- dos, aunque lo peor es que por lo comun se destierran las mas inocentes, y subsisten las mas ridículas. Yo no he visto los tan ponderados pasos de Sevilla, y otras magníficas es- culturas que salian á lucir en otras partes por estos dias, pero en cambio he visto en Zaragoza á S. Juan Evange- lista, con unos manteas que parecia estudiante de la tana; he visto la muerte de Ateca; he visto la oracion del huer- to con naranjas colgadas de los olivos un paso de la cruz acuestas en que el Cirineo llevaba al hombro una ristra de habas tiernas; he visto el velo del templo hecho de coton, y rasgado por la costura, al pregoneo de Jerusalem vesti- do de disciplinante negro; una escuadra de soldados roma- nos con coletos de ante; y á Pilatos con faja de teniente ge- neral y vara de alcalde: he visto... Si fuera á decir todo lo que he visto, haría una relacion por el estilo de la de Don Simplicio al bajar de la luna.

Pero lo que si he visto con no poco gusto (aunque me digan que lo tengo malo) es la bajada del ángel en Tudela, cuya descripción procuraré dar en obsequio de las que no hayan logrado verla, y *ad perpetuam rei memoriam*, si acaso hubiese caído en desuso.

Considera, pues, alma cristiana y contemplativa, que te hallas á las márgenes del Ebro el domingo de resurrección á cosa de las seis de la mañana: aproxímate en espíritu á la catedral vieji-nueva de Tudela, y dejando á un lado su torre desmochada, avanza por aquellos escalones que allí sirven para bajar, así como en otras partes sirven para subir; echa una rápida ojeada sobre aquella fachada en que estan figurados de medio relieve una cáfila de diablos y dia- blesas, pesando las almas, ni mas ni menos que pesan los gallegos de esta corte las seras de carbon: imagínate que entras por aquella catedral adentro, y despues de saludar á Moisés y S. Pablo que estan en el trascoro, sigue por la nave de la derecha y vendrás á parar á una puerta por don- de salen las procesiones. Allí verás dos soldados romanos hechos de humo de pez y almazarron con dos tremcados brochazos por debajo de las narices (vulgo vigotes): su oficio es guardar la puerta, y son tan espantosos que se las

pueden tener mano á mano con los mismos diablos de la otra portada.

Principian á sonar las campanas, los fieles van saliendo de dos en dos, y tú piadoso lector para verlo mejor, haz cuenta que te colocas entre filas, y vas atravesando aquellas calles y encrucijadas, que no se parecen á la calle de Alcalá ni en lo ancho ni en lo recto. La procesion desemboca por un callejon en la plaza del mercado frente por frente de las casas consistoriales. En uno de sus balcones hay un taber- náculo á manera de biombo, en el cual estan fijas las mi- radas de la muchedumbre que llena la plaza, á no ser que las distraiga otro objeto que llama no menos la atencion.

Es el caso, que segun aquella regla de que lo ridiculo va al lado de lo sublime, se suele colocar en otro balcon paralelo al del tabernáculo un pelele, maniquí ó como se llame, vestido de pantalon encarnado y casaca azul, el cual tiene toda el cuerpo lleno de goznes, de modo que al co- lumbiarse en el aire á impulsos del torno que lo menea, ofrece gratuitamente al público espectador escenas de des- coyuntamiento superiores á las de Montero y Kelmigike; y no falta alguna vieja que al verle cimbrarse y ejecutar tan violentas posturas, esclame con tono plañidor; ¡y qué haya madres que paran hijos para verlos en tan triste si- tuacion!

Entra la procesion por la plaza adelante, y entre tanto salen en direccion opuesta una cofradia llevando en andas á la Virgen, cubierta con un gran velo en señal de dolor, y viene á colocarse hácia la entrada de la calle por donde sale la procesion. Párase esta; descansan los conductores de la Virgen, y toda la concurrencia espera por momentos la apertura de los cielos y la bajada del ángel.

Abrese el tabernáculo (los cielos), y aparece dentro de él un niño de 12 á 14 años (el ángel), con sus alas piata- das, casco dorado, tonelete blanco, coraza bordada de len- tejuelas, y demas adinículos que tocan y atañen el atavío angélico. Entonces el numeroso concurso lanza un grito de alegría, las viejas lloran de gozo, y las jóvenes rezan Ave Marias para que no se rompan las cuerdas y se caiga el án- gel. No hay que creer que este hace su descension por algu- na maroma á guisa de bolatinero, ni mucho menos por escalera, lo cual sería muy prosaico: nada de eso; el meca- nismo es algo mas complicado.

Su alteza angélica está colgada de una maroma en la cual hay una nube de lienzo á manera de tímbar de la que pende el niño por medio de fuertes correones y abrazaderas: ademas lleva el un pie sujeto á otra maroma igual á la pri- mera, lo cual hace su postura menos violenta. Estas ma- romas van á parar á una casa de enfrente desde la cual las tiran por medio de tornos, y en virtud de esto el ángel vá descendiendo.

La primera vez que presencié este descendimiento aéreo observé que todos bajaban la cabeza al tiempo de pasar el ángel por encima, y que entonces ni aun se atrevían á mi- rarle. Creí que esto sería alguna prueba de respeto, seme- jante á la de Elías cuando se cubrió el rostro con las ma- nos al sentir el vientecillo suave que le anunció la presen- cia sensible de la divinidad. Pensando en esto, y mirando al ángel que en aquel momento era mi zenit, sentí de pronto un dolor agudo en la cara: creí que fuera *in poenam pe- ccati*, pero bien luego me convení de que no era sino un gran asperges de cera derretida que me habia interesado (ha- blando facultativamente) la frente y las cejas, las mejillas y la ropa. Es el caso que el ángel llevaba en sus manos una acha de cera labrada, y como iba haciendo cortesías á la Virgen á dos manos, repartía lamparones sobre los espec- tadores, bien al contrario que los reyes de Francia el dia de su coronacion.

Por fin llega el ángel en su descenso á un punto desde

el cual bajándose un poco la mano, puede coger el velo con que vá cubierta la Virgen. Entonces el público espectador lanza estrepitosos gritos de alegría; las campanas atardecen, el pelele se agita haciendo las mas ridiculas contorsiones, y concluye de rasgar calzones y casaca: entre tanto los de la casa de ayuntamiento pegan dos fuertes tirones, y en un abrir y cerrar de ojos vuelve el ángel al tabernáculo, y desaparece gracias á las portezuelas de este.

Entonces la procesion rompe su marcha por segunda vez, y vuelve á entrar por la puerta que salió.

V. DE LA E.

AGRICULTURA.

REMOLACHAS.



UNA de las prácticas agrarias que mas han contribuido al adelantamiento de la agricultura extranjera ha sido sin disputa el sistema de cosechas alternativas. Este método tan sencillo, reducido á no dejar descansar jamás la tierra, conservándola siempre en un estado conveniente de producción, ha hecho la felicidad de los labradores de Bélgica, Holanda, Inglaterra y Suiza. Sus industriosos agrícolas, situados en pobres, pequeños y miserables terrenos, y bajo un cielo frio y destemplado, han conseguido hacer producir á la tierra ricas y plágies cosechas, que les rinden lo necesario para vivir generalmente en la abundancia, y pagar las contribuciones y demas cargas del estado. No decimos esto como una cosa nueva, ni pretendemos llevarnos la gloria de ser los primeros en publicar esta verdad hartó sabida, lo hacemos únicamente con el objeto de llamar la atención de nuestros labradores siempre rutineros, y siempre enemigos de todo lo que huele á inovacion, de todo lo que es adelante: repetimos una verdad ya enunciada por plumas mas diestras que la nuestra, con el fin de que escritas por su propio interés, procuren averiguar en que consiste la superioridad que sobre ellos tienen los labradores extranjeros.

Mucho nos alegraríamos de que nuestros labradores se convencieran de que el modo de hacer producir mucho á la tierra, no consiste únicamente en trabajarla con exceso, y emplear en ella grandes capitales: el verdadero misterio, la verdadera piedra filosofal que el agricultor debe afanarse por descubrir, consiste en sacar de su campo el mayor producto, con el menor gasto y trabajo posible. Este resultado puede conseguirse por medio de un sistema bien entendido de cosechas alternativas, y para adoptar este sistema, es preciso ensanchar el estrecho círculo de las plantas cultivables; es preciso que nuestra agricultura salga de la mezquina esfera del trigo, de la cebada, de la haba, de la judía y del maiz en que se halla encerrada generalmente. Infinitas son las plantas que podríamos indicar con este objeto; pero nos contentamos por ahora con hacer particular mencion de la preciosa raíz de la remolacha, que en nuestro entender es una de las principales, y mas desconocidas de todos en el día.

Esta planta, que apenas se cultiva por alguno que otro labrador; que solo se encuentra en algun mercado como cosa rara y de ningun valor; que únicamente se presenta por estrayagancia en las mesas de lujo, y mas particularmente en las de los extranjeros, forma entre estos un ramo considerable de industria, despues de haber servido como cosecha preparatoria ó alternativa, que es como nosotros la vamos ahora á considerar. En la vecina Francia; por ejemplo, aprovechan sus hojas cortándolas diferentes veces como se hace con las de la morera y la alfalfa, para darlas en clase de forrage á las caballerías y los ganados: de sus hojas hacen en algunos departamentos un tabaco muy regular que fuman sus habitantes con tanto placer como nosotros podemos fumar el de la Virginia, consiguiendo la doble ventaja de consumir un producto nacional, mas sano y mas barato: su raíz bien cocida en el horno ó en casa si se quiere, y aderezada con sal, aceite y vinagre, se sirve lo mismo en la pobre mesa del patan, que en la rica y opulenta del magnate para alimento de aquel, y apetito de este: de su pulpa, se hace un confitado muy exquisito, y que puede competir con el mejor de frutas: de la misma pulpa se consigue por medio de la presion un vino bastante grato al paladar y de regular fortaleza, el único para la clase pobre, cuyo gusto favorito consiste en beber mucho con poco gasto: la industria ha sabido hacer papel de dicha planta y un azucar sobre todo, sino tan exquisita como la que se extrae de la caña de América, muy útil por lo menos para diversos usos de la vida doméstica.

Al enumerar los diferentes é infinitos modos con que los extranjeros sacan provecho de la raíz de la remolacha, no es nuestro intento exigir que su cultivo se haga entre nosotros en una escala tan estensa: nada de eso. La industria española, muy mejorada de pocos años á esta parte, se halla todavía muy distante de poderse nivelar con la extranjera: muchos años han de transcurrir antes que podamos sacar de una sola raíz tantos productos, tanta utilidad, tanta riqueza. Esto vendrá con el tiempo: por ahora no pretendemos otra cosa, sino que nuestros labradores conozcan lo ventajoso que puede llegar á serles el cultivo de la remolacha, para que con ella puedan aumentar el número de plantas cultivables, y emplearla en la alternativa de cosechas. Si dicho vegetal no puede servirnos por el pronto para los diferentes usos á que le aplica la industria extranjera, podrá servirnos á lo menos para alimento de los ganados, caballerías y demas animales domésticos; y como estiercol, siendo enterrada en verde.

El cultivo de la remolacha es uno de los mas sencillos que hay, y quizá el que mas al alcance esté de todo labrador. Bien preparada la tierra con repetidas labores de arado y mejor de nada; perfectamente limpia de toda clase de malas yerbas, de raices y cantos; mezclada con una cantidad suficiente de estiercol, segun la clase del terreno, el estado de beneficio en que se encuentra, y el objeto que se lleva con esta cosecha, se encuentra en el caso de recibir la semilla. Encargamos mucho á los labradores que no escaseen las labores, y que las profundicen todo lo posible; pues la raíz de la remolacha crece y se ensacha en razon directa de lo mullido que encuentra el terreno, cesando de crecer y llenándose de pedras fuera de la tierra, que la hacen fibrosa y de mala calidad, desde el momento en que tropieza con raices estrañas, ó con pedras y tormos. Al estercolar la tierra que ha de sembrarse de remolacha, se debe consultar el uso que quiere darse á esta planta. Es decir: si se desea emplearla en el mantenimiento de los ganados, caballerías y demas animales, conviene echar el estiercol en abundancia, para que su producto sea mas tierno, y el volumen mayor: si se prefiere enterrarla en verde, para que haga las veces del estiercol, con muy poco ó nada hay

bastante; pero si el objeto es la extracción del azúcar de dicha planta, es preciso echarlo en pequeña dosis y muy pasado, pues la demasiada cantidad la perjudica estraordinariamente, impidiendo que abunde en ella la parte azucarada.

De dos modos puede hacerse la siembra de la *remolacha*: á vuelo como se siembra el trigo, y á surco como el maíz ó la judía. El primero es mas sencillo, y debe usarse cuando la siembra es muy crecida, y se destina su producto al alimento de los animales, ó á servir de cosecha preparatoria, y el segundo, cuando la siembra es en pequeño, y con el fin de presentar su fruto en los mercados para regalo del hombre. La época mas á propósito para la siembra, comienza en la primavera, y cuando el rigor de los velos haya cesado, pudiendo continuarse hasta el mes de junio.

Por lo respectivo á las labores que deben darse á la *remolacha*, antes y despues de su siembra, hacemos las mismas diferencias que dejamos indicadas con relacion al modo de sembrarla; debiendo tenerse siempre presente el objeto y el destino que quiere dársele. Algunas labores de azada, si la estension es pequeña, y de arado si es grande, mata las malas yerbas, pone esponjoso el terreno, y en estado de que facilmente penetren los meteoros benéficos que la hacen crecer y mejorar su calidad, y ninguna si se la destina para forrage, ó bien para ser enterrada en verde.

Esta planta ama bastante la humedad; se cria bien en los terrenos areniscos, ligeros y frescos, por ser los que mas la convienen; á pesar de que la esperiencia nos permite asegurar que se dá bien igualmente en cualquiera clase de tierra y bajo cualquiera clima. Esta raiz oriunda de Europa y con particularidad de la parte de España y Portugal, vemos con admiracion que se produce igualmente con buenos resultados, tanto en el norte como en el mediodía; y si apenas se conoce en este, se debe en nuestro entender á la abundancia de otras plantas preciosas de que su industria se aprovecha por no poderse aclimatar en los paises húmedos y frios del norte, donde la *remolacha* progresa.

Ya hemos indicado aunque muy ligeramente las reglas mas generales y que mas debe saber el labrador para el cultivo de la *remolacha* en crecida estension. El hortelano que desee dedicarse á ella con el objeto de presentarla en el mercado, le basta someterla á un cultivo mas esmerado, para conseguir mejores frutos; lo cual se consigue suministrando á esta planta abundantes labores, mas y mejores estiércoles, y mayor cantidad de riegos.

Mirada la *remolacha* como cosecha principal ó preparatoria, ofrece al labrador utilidades muy considerables. Sembrada en un terreno despues de haber dado este una cosecha de cereales, le dispone para producir otra de la misma clase al año siguiente; y aconsejamos á nuestros labradores la pongan con preferencia en una tierra que haya dado un trigo lleno de abena ó ballueca, y se quiera limpiar de estas semillas. El alimento que proporciona esta planta á toda especie de animales, constituye su principal mérito, al propio tiempo que acrecienta la riqueza de la agricultura. Por esta razon hemos resuelto recomendarla muy particularmente á nuestros labradores, para que la cultiven como cualquiera otra cosecha preparatoria, y logren al mismo tiempo tener en ella pasto sano y abundante para caballerías, ganados y animales domésticos, cuyo mezquino número es necesario se aumente, si hemos de llegar á tener los estiércoles en abundancia, asi como los mas principales alimentos del hombre é igualmente las fuerzas auxiliares del labrador para trabajar su campo. El dia que nuestros agricultores abandonen el raduco sistema de barbechos, para adoptar el de rotaciones ó cosechas alternativas, y se persuadan de la utilidad que les reportará el cultivo de la *remolacha*, estamos seguros de que sus cam-

pos cubiertos de esa rica y preciosa planta, á par de otras varias de que ya hemos tratado en artículos anteriores, proporcionarán ópimas cosechas al labrador y abundancias al pais.

Adóptese pues sin mas tardanza en nuestras provincias el cultivo de la *remolacha*: conozcan prácticamente nuestros labradores sus ventajas: tienda su mano benéfica el gobierno á la abatida clase agricultora, emplee su poder en apartar con mano fuerte los obstáculos que impiden su fomento: establezca escuelas prácticas donde sus individuos puedan aprender con solidez los principios de una ciencia que tantos conocimientos exige, y que por desgracia se halla entregada á la clase mas pobre y mas falta de instruccion de la sociedad: ofrezca finalmente el irresistible aliciente del premio á todo el que dedicándose al estudio de la agricultura consiga hacer en ella considerables adelantos; y todos veremos bien pronto como cunda la aficion, y se hace de moda el estudio de una ciencia que se mira en el dia con desprecio, y casi de ninguna utilidad.

Cuando todo esto hayamos conseguido, que por cierto es obra de muy poco tiempo, no tememos asegurar que el cultivo de la *remolacha* se hará general: que nuestros labradores habrán empezado á conocer sus verdaderos intereses: que por lo tanto se unirán á fin de formar esas asociaciones agrícolas tan necesarias para emprender atrevidas y útiles empresas en que puedan consumir sus cosechas de primeras materias, y despues presentarlas al comercio convertidas en ricas mercancías. Cuando la aficion al estudio y la ilustracion hayan cundido entre esa respetable clase del género humano: cuando esa clase deseché sus viejas rutinas para reemplazarlas con los resultados de la observacion y la esperiencia, podemos prometernos que la *remolacha* será pra ella una de las partes mas principales de la industria agrícola, y entonces veremos plantear esas colosales fábricas de azúcar indigena que darán á nuestra amada patria tantas riquezas como á los extranjeros les han proporcionado las suyas.

J. GANA.

EL RIO.

Mas que nunca soberbio y altanero
lleno de magestad se ostenta el rio,
y se lanza veloz en su sendero
con fuerte impulso, con sonante brío:
su acento aterrador y curso fiero
revelan su altivez y poderío,
como del alma acorrojada en tanto
revela su dolor el triste llanto.

Pasa con el caudal de su corriente
por el tortuoso y áspero camino,
que forma entre peñascos agríamente
el cerro de sus márgenes vecino:
arrebata las ondas velozmente
el revoltoso y ciego torbellino,
llevando en pos de sus plegadas tintas
hojas y flores entre sí distintas.

Forma con profusion giros vistosos,
y entre los negros riscos se dilata,

en sus colores siendo primorosos
argentado cristal, senda de plata;
ó remedando abismos espantosos
donde la verde orilla se retrata
en paisaje falaz de luz oscura,
despojada de gala y hermosura.

Buela con rapidez y fiero orgullo
de espesa bruma de vapor cubierto
y de su ronco son es el murmullo
la misteriosa voz de este desierto;
es para el corazón el triste arrullo
que acaso escucho vacilante incierto;
música funeral de mi agonía,
preludio grato de mi dicha un día.

Corre siempre veloz, y el curso agita
que el adorno robó de la rivera,
y en tumulto las aguas precipita
que inundan el vergel y la pradera.
Del cielo brillador la luz bendita
en su confuso espejo reverbera,
lanzando en tan revuelta muchedumbre
variados rayos de fingida lumbre.

Del húmedo pensil asaz precozes
el líquido cristal toma las señas,
y en medio del rumor y sordas voces
que lleva su caudal, salen las peñas
de las ondas soberbias y veloces
formando entre el azul islas pequeñas,
en cuyo borde de aspereza suma
vistosa brota la nevada espuma.

Grande es su magestad y la riqueza
que ostenta sin cesar en sus raudales,
grande su profusion y la fiereza
con que agita potente sus cristales;
pero mayores ¡ay! son la crudeza
y el impetu fatal que hoy de mis males
agranan el rigor acerbo y triste,
que el bien ansiado de la paz resiste.

Aquí me viste venturoso ¡oh río!
en otro tiempo contemplar tus ondas,
mirar alegre en el anhelo mío
tus cabidades transparentes y ondas;
y aunque el recuerdo de mi mal impío
hoy en tu seno turbulento escondas
del ánimo febril al abandono,
se reproduce con mayor encono.

Huyeron á la par con mis amores
tus linfas de placer y de consuelo,
cual de la tempestad á los rigores
se oscurecen las luces en el cielo.
Tu margen de dolor no tiene flores,
ni plácido solaz hay en su suelo;
solo tristeza que al mortal abuyenta
á mi turbada vista se presenta.

De tu orilla ¡ó pesar! llena de abrojos
la gala y el verdor están ausentes,
y en tanta soledad son hoy mis ojos
de mi eterno dolor amargas fuentes.
Mi llanto y tu aridez son los despojos
que en nuestro mal comun están presentes,
á entrambos recordando en su amargura
otra felicidad y otra ventura.

Hoy llevas de tus cristales
entre las ondas azules
de mis lágrimas ¡oh río!
la copiosa muchedumbre.

Hoy escuchas de mi pena,
aunque su voz te importune,
el acento lastimero
que en tu orilla se difunde.

¡Dichoso yo que otro tiempo
abrigué de mi amor dulce
las hermosas ilusiones

en que tanta gloria tuve!
¡Felice yo que en tu margen
mi esperanza gozar pude,
tan rico de sus encantos
como ageno de inquietudes!

Ay! aquellas horas gratas
que en gustosa incertidumbre
ó entre caricias pasaban
y tiernas solicitudes,

se perdieron para siempre,
aunque de nuevo las busque
en el anhelo ferviente
que el pecho misero oculte!

Así de tus bellas linfas
se oscurece la vislumbre,
que del sol á los reflejos
tu seno líquido surte;

ó si de tu curso ¡oh río!
al irresistible empuje
una con otras las ondas
se mezclan y se confunden.

¡Ay! adios, adios... testigo
de mi amor... espejo inútil
donde en vano busca el alma
el trasunto de su lumbre:

donde en vano hallar pretende,
al encanto que le infunde,
la imagen idolatrada
que sus recuerdos adule.

¡Triste gloria de la vida!
vaga vision, que seduces
al hombre con las promesas
que luego falaz no cumples.

Huye envuelto en esas ondas
que se pierden por costumbre
en el curso turbulento
que al mar inmenso conduce;

que el porvenir de mi anhelo,
con sus quiméricas luces,
liviano asaz de la suerte
al impulso se destruye.

JUAN GUILLÉN BUZARÁN.

